

Renato Prada Oropeza:

## Las tematizaciones de la Novela histórica “La Saga del Esclavo” de Adolfo Cáceres Romero

*Renato Prada Oropeza (Potosí, 1937. Narrador y ensayista), realiza un análisis exhaustivo de la obra “La Saga del Esclavo” de Adolfo Cáceres Romero. El presente trabajo es un estudio que formará parte del libro que escribe sobre la Novela Histórica y que El Duende publica príncipalmente en tres partes.*

(Segunda de tres partes)

**3.1. El valor desmitificador de la diágesis factual**  
 Una simple comparación de la constitución discursiva y sus valores semánticos de los dos capítulos arriba mencionados nos devela la intencionalidad de la obra de Cáceres que, como ya dijimos, es desmitificar el discurso historiográfico oficial, al menos el difundido en las instituciones escolares (en las clases o cátedras dedicadas a transmitir los eventos históricos de nuestra emergencia como países independientes del imperio español), o reproducido por la memoria colectiva.

El primer capítulo no fija su atención enteramente en Castelli y su actuación tanto en su entrada triunfal a la Villa Imperial como en el acontecimiento político de su arenga al pueblo, sino que va entrelazado, muchas veces dentro de un mismo párrafo con la historia reciente del zambó Francisco. Incluso la presentación de Castelli ofrece ya algunas características propias a una configuración no muy favorable.

El doctor [...] en ese momento se consideraba el vencedor de Suipacha, no obstante haber estado esperando el resultado de ese combate en la región de Yavi, lejos del campo de Batalla" [...] Castelli recibía complacida todas esas atenciones [brindadas más bien por un genio hurao], en desmedro del general Balcarce y de su jefe de Estado Mayor, brigadier Esulacio Díaz Vélez, quienes [...] habían logrado esa victoria [...] (13-14). Las cursivas son nuestras y ponen de relieve las cargas semánticas de una persona más bien oportunista y sin muchos escrúpulos.)

El gentío, por no decir pueblo, conglomerado para brindar la recepción y escuchar la proclama del doctor Castelli, decíamos que se muestra más bien hurao, no eufórico. Incluso, al percatarse de la constitución de la tropa, es vencido por la reticencia:

El vecindario potosino miraba con desconfianza a los negros y mulatos que parecían ser desaforados y estar sin sujeción alguna a sus superiores, quienes no hacían nada por controlarlos, dado que eran tanto o más insubordinados que los mulatos y campesinos que, a lo largo de su trayecto, habían cometido una serie de robos, atracos y estupros en muchos pacíficos villorrios, sin que sus pobladores supieran a quién o dónde quejarse, tampoco se sabía si eran sólo agregados o se daban tal nombre, siendo verdaderos delincuentes, puesto que andaban a las averías asaltando y robando [...] (14. Las cursivas son nuestras y nos ofrecen la configuración semántica negativa de una tropa que no puede merecer la confianza de un pueblo y menos dar la esperanza de una liberación real.)

El discurso mismo no es lo que pudiéramos llamar brillante ni alentador, pues el doctor Castelli, da muestras de un cierto desconcierto y su mente se halla más bien dispersa evocando su pasado espléndido durante la revolución de mayo. Y si bien el narrador nos presenta a un público titubeante entre la franca y eufórica recepción al ejército libertario y su miedo, y este sentimiento parece dominar más en el gentío, sobre todo ante la brutalidad ostentosa de la tropa que se hace más evidente:

[...] "Hijos de puta, viva el doctor Castelli!" alronó sordamente la voz de un mulato que lucía los galones de sargento. La multitud enmudeció y sólo se dejó escuchar la risotada de los soldados. El doctor, cortado en ese frenesí de gloria que lo convocaba, volvió a desplegar nerviosamente el rollo de papel; después de todo, ésa era la cénica manera que lenían esos soldados -como muchos otros de inigualable bravura- para exteriorizar sus sentimientos. "Ilustres..." empezó a decir, pero los ilustres vecinos de la villa del cerro más rico del mundo, ofendidos y temerosos de nuevos y peores agravios, comenzaron a retirarse [...]

Además, en un excelente uso del discurso indirecto libre, el párrafo anterior reconfirma la carencia de una autocritica de los jefes militares o de sus estadistas, como es el caso del doctor Castelli, con respecto al valor ético de su ejército y el impacto de éste tiene entre la gente común, el pueblo. Esta falta de un criterio ético sólido se manifiesta en diferentes oportunidades en el transcurso del relato. Vuelve a mostrarse, de manera muy evidente, cuando los tres asesinos del Maestre son reclutados como miembros de la armada libertadora; en la actitud de Castelli, frente al reclamo de Isabel al justificar sus actos de pillaje como justicieros de la revolución independentista; además, cuando un grupo desaforado de malhechores asalta la hacienda de Pedro Vicente Cañete, les despoja de sus caballos, vacas, viola y mata a una muchacha; y luego, comandados por Juan de Altamirano, son recibidos por el ejército libertador con muestras de gran simpatía.

Frente a este relato nada alentador para la causa libertaria, se presenta la entrada de Goyeneche a la Villa Imperial con una configuración distinta, aunque el narrador no descuida matizar el alborozo del pueblo potosino ante la entrada de los monárquicos, con la duda y el temor a las represalias:



Para unos, él era un restaurador de la legalidad y del orden monárquico; para otros, un guerrero feroz y sanguinario que probablemente -como lo había hecho en La Paz y Cochabamba- iba a aplicar mano dura contra ese pueblo, en represalia por haberse sublevado, apoyando a los insurgentes del Río de la Plata; pero a pesar de lo que pudiera suceder, todos empezaron a adornar la ciudad, pintando sus casas [...] Varios de los colaboradores de Castelli habían sido apresados y esperaban que Goyeneche les dictara sentencia. Las nuevas autoridades se habían esmerado en hacer de esa recepción un digno e inolvidable homenaje al vencedor de los independentistas. (345. Las palabras en cursiva nos corresponden.)

Y el acto se realiza con toda la solemnidad esperada en la cual no se presenta ningún incidente que lo desluce, como es el caso de Castelli. Aunque también devela el narrador implícito la actitud de una expectativa ambivalente. temor y confianza, no exento de un cierto oportunismo, que se hace más evidente tres días después con el arribo del alto clero: "[...] Llegó a Potosí el arzobispo de Charcas, Fray Benito de Moxó y Fráncoli, acompañado de varios canónigos del coro

metropolitano, a fin de ponerse al servicio de su jefe realista en la celebración de los actos de desagravio a las autoridades fusiladas por Castelli" (346). Indudablemente para el año de 1810 todavía no había cuajado la idea libertana frente al dominio del imperio español en la manera que lo hace dos lustros después, no sólo por el fuerte y despótico dominio militar, sino porque en las mismas ciudades la clase del poder económico e ideológico se hallaba integrada en su mayoría por españoles provenientes de la península Ibérica, y sus descendientes directos que no sentían sus intereses todavía afectados, pues, como es el caso de Isabel y su esposo, dependían de los intereses de familia.

Sin embargo, este capítulo final es también muy significativo porque relata un acto de justicia, paródicamente realizado por las huestes del sanguinario Goyeneche: uno de los terribles delincuentes, el más brutal y facineroso de los que tomaron parte tanto en la diágesis del zambó, como en la del ejército de Castelli, Juan de Altamirano, "venía más atrás con las manos amarradas, casi a raseras, prisionero de esas victoriosas tropas realistas". Aunque, a decir verdad, el discurso no aclara si es llevado por delincuente o por haberse enrolado a las tropas del descendiente Castelli. Pero, como dijimos, el narrador implícito no se descuida tampoco de anotar la voracidad económica del general español, pues abandona la Villa Imperial, "llevándose junto a las siete mulas recuperadas, toda la plata labrada que se hallaba en la Catedral, como también lo haría después en Chuquisaca, quedándose solamente los blandones con los canónigos. Tanto el Arzobispo como el cuerpo eclesiástico consintieron ese despojo" (348).

Dentro de la configuración del movimiento libertario o, mejor, de la actuación de la expedición armada en el Alto Perú, si bien domina una caracterización más bien negativa, hay un momento en el recuerdo de Castelli, que es particularmente significativo pues adquiere el valor de una epifanía capital:

[...] cosa curiosa, no se la había borrado de la mente la diminuta figura de una anciana que, en la posta de Manogasta, en Santiago del Estero, el pasado 8 de octubre le obsequiara una flor, con una singular muestra de solidaridad y civismo, al responderle cuando le preguntó por su edad: "Señor, no soy tan vieja como parezco -le dijo ella-, pues no cuento de edad sino cuatro meses; nací el 25 de mayo de 1810, y hasta entonces no creo haber vivido un solo día"; así era el pueblo, su pueblo; así, la convicción con la que recibía ese movimiento revolucionario [...] (19. Las cursivas nos corresponden.)

Y esto nos da pie para reflexionar sobre el valor de la desmitificación (una de las funciones que puede cumplir la novela histórica): revelar la complejidad de una acontecimiento al mostrarnos, mediante el recurso de la ficción, aspectos que el discurso historiográfico no puede hacerlo muchas veces, ceñido como está a afirmar o negar sólo lo que es amparado por el documento. El fragmento que citamos nos enseña la cara positiva de la revolución libertadora al señalar el profundo impacto en las capas sociales más humildes, al menos de las ciudades.

(Continuará)

